

I Jornadas Internacionales de investigación y debate político

“Proletarios del mundo, uníos”

La crisis y la revolución en el mundo actual. Análisis y perspectivas

Facultad de Filosofía y Letras - UBA - Buenos Aires

30 de octubre al 1 de noviembre de 2008

Chávez, perón, y el “socialismo del siglo xxi”¹

Autor: Matías Maiello

Instituto de Pensamiento Socialista “Karl Marx”

La llegada al poder de Hugo Chávez se da en los marcos del retroceso histórico de la hegemonía norteamericana y el des prestigio del discurso neoliberal del que se había valido para la ofensiva imperialista durante la década de los '80 y los '90. En la actualidad estos elementos se ven exacerbados.

En el caso de Chávez, éste ha ensayado algunas medidas parciales de soberanía política frente al imperialismo norteamericano como la negativa a enviar tropas a Haití. O su oposición a la invasión a Irak y a la incursión israelí en el Líbano. A su vez, ha mantenido relaciones internacionales con Irán y también tiene estrechas relaciones con Cuba. Estos elementos combinados con un discurso contra el imperialismo norteamericano, repudiado por las amplias masas del subcontinente, y las referencias discursivas a la construcción de un “socialismo del siglo XXI” le han ganado la simpatía de amplios sectores en Latinoamérica frente al abyecto cipayismo reinante en los gobiernos de la región.

Pero a la hora de adentrarnos en la situación venezolana, las múltiples citas de Marx, Rosa Luxemburgo y Trotsky, y de su retórica “socialista” contrastan, no sólo con el carácter burgués del Estado venezolano, sino con la política adoptada por Chávez en sus 9 años de gobierno, donde a pesar de la expansión de la economía gracias al aumento de la renta petrolera y de algunas concesiones parciales, especialmente en la salud y la educación, no se han dado cambios sustanciales en relación a los problemas históricos de la Venezuela semicolonial.

Más contrasta si, con cierto pudor, nos atrevemos a compararla la revolución cubana. En aquel proceso el ejército burgués fue reemplazo por milicias obreras y populares que

enfrentaron a la reacción, a pesar de que luego serían regimentadas por el castrismo. Para el octavo mes de revolución ya estaban nacionalizadas, sin que medie indemnización, todas las empresas norteamericanas, tanto del sector petrolero, como del azucarero, de la energía y telefonía. Para el décimo mes estaba nacionalizada la banca y cerca de 400 de las grandes empresas del país. También era sancionada la Ley de alquileres. A todo esto hay que sumarle la reforma agraria que distribuyó la tierra a los campesinos, y más tarde la colectivización y nacionalización de la tierra. Así fue que la revolución cubana barrió al Estado burgués junto con la dominación de los terratenientes y los capitalistas, lo cual junto con la planificación económica creó las bases de un Estado obrero. Todo esto limitado por los métodos burocráticos que el castrismo le imprimió al proceso y que contribuyeron –y contribuyen– a minar estas mismas bases.

Este proceso de la revolución cubana nada tiene que ver con la situación actual en Venezuela bajo el gobierno de Chávez. Si bien su ascenso al poder estuvo marcado por la crisis del antiguo régimen de partidos del “puntofijismo”², se mantuvo en pie la vieja maquinaria estatal, con su burocracia, con sus funcionarios judiciales, y por sobre todo con su ejército burgués. Las fuerzas armadas que son uno de los pilares del régimen siguen cumpliendo su función de garantes del orden capitalista. Cuestión que no se modifica por el hecho de que hayan adquirido peso hegemónico los sectores nacionalistas afines a Chávez.

A la inversa de la revolución cubana, el chavismo sigue garantizando la subsistencia del capitalismo en Venezuela y la propiedad privada de los medios de producción. Cuestión que, dicho sea de paso, Chávez no se cansa de hacer explícita en sus discursos para quién los quiera oír.

La moda del “bolivarianismo”

A pesar de esto, el gobierno de Chávez ha inspirado una profusa literatura sobre la existencia de una “revolución bolivariana”, y proliferaron los augurios sobre el “avance del socialismo en Venezuela”, la “profundización de la revolución”, el “gran salto adelante”.

Este intento de embellecer al chavismo comprende los más diversos sectores intelectuales, desde ex-asesores del subcomandante Marcos hasta antiguos socialdemócratas, pasando por intelectuales que supieron coquetear con el autonomismo. La discusión apolítica de “cambiar el mundo sin tomar el poder” fue dejando su lugar a una discusión ahística “sobre el socialismo del siglo XXI”.

Podemos decir que el “bolivarianismo” fue la segunda moda político-intelectual del siglo XXI luego del desbarranque del autonomismo.

Sin embargo, más allá de los discursos y lejos de procesos revolucionarios como el cubano, el chavismo parece emular en forma degradada a los nacionalismos burgueses del siglo XX con los cuales la clase obrera latinoamericana, y la clase obrera argentina con el peronismo en particular, han hecho una larga y tortuosa experiencia.

Aunque hay notorias diferencias ideológicas entre un Perón admirador del ejército prusiano y un Chávez lector de los clásicos del marxismo, creemos que una comparación entre ambos es más que pertinente para echar luz sobre muchas discusiones que, saldadas en su momento, vuelven a reeditarse en la actualidad.

La resurrección de una vieja polémica

En el contexto de la nueva moda del “bolivarianismo” no es casual que vuelvan a surgir entre los embellecedores de Chávez los viejos argumentos usados en aquel entonces por los apologistas de Perón.

Entre estos últimos, uno de los más destacados fue el difunto Jorge Abelardo Ramos, creador de la llamada “izquierda nacional”. Su trayectoria fue más que sinuosa: comenzó a finales de los años ‘30 en las filas del trotskysmo y terminó como embajador en México del gobierno de Carlos Menem. Sin embargo, sería injusto no reconocerle un carácter anticipatorio a muchos de sus argumentos respecto a la “revolución peronista” y el “marxismo bolivariano” que sobrevuelan las reflexiones sobre la existencia de una “revolución bolivariana” en Venezuela.

Allá por los años ’60 este hombre criticó virulentamente las tesis vertidas en una publicación que por aquellos años comenzaba a editarse, la revista *Fichas de Investigación Económica y Social* dirigida por Milcíades Peña³.

Los términos básicos de la discusión eran sencillos. Peña había provocado la ira de Ramos cuando defendió en *Fichas* la tesis según la cual: “[la] burguesía nacional [...] desde el punto de vista de su posición ante la misión histórica revolucionaria de la nación, o sea, expulsar al imperialismo y liquidar a los terratenientes, [...] es una clase contrarrevolucionaria y antinacional, ya que está en contra de esas tareas”⁴. Luego aclaraba que esto “no significa que no tenga roces y encontrazos con el imperialismo, llegando incluso a buscar el apoyo de las masas trabajadores. Pero en estos casos la burguesía no se propone liquidar al imperialismo sino llegar a un acuerdo más provechoso con él”⁵.

Sin embargo, lo de Ramos no eran cuestiones de matices, por eso replicaba espantado: “la revista *Fichas* estima que [la burguesía nacional] es contrarrevolucionaria por considerarla mero agente del capital extranjero”⁶. Es que Ramos defendía la tesis inversa según la cual: “El movimiento de la clase obrera argentina [...] en la primera etapa de su ascenso lleva al poder a la burguesía nacional”⁷. En su afán por sostener estos postulados se ganó en forma legítima el apodo de “teórico del disparate permanente” que Peña le había adjudicado en su momento.

Hoy encontramos argumentos parecidos entre los intelectuales y dirigentes políticos que sostienen la necesidad de ligar las perspectivas revolucionarias y hasta las socialistas al gobierno de Chávez, acercándose, en más o en menos, a los planteos originales de Abelardo Ramos para quien la mecánica de la “revolución peronista” consistía en que la clase obrera y los sectores populares llevaban al poder a gobiernos burgueses mientras recorrían un camino gradual que desembocaba en el socialismo.

La recaída en estos argumentos no es llamativa si tenemos en cuenta los elementos en común entre los fenómenos que se quiere embellecer. Lo verdaderamente llamativo es que se repitan medio siglo después. Medio siglo durante el cual, la clase obrera de los países latinoamericanos dejó de ser esa joven clase de principios de los años ‘40 que comenzaba a consolidarse objetiva y subjetivamente, para convertirse en protagonista indiscutida de la lucha de clases de América Latina desde la revolución boliviana del ‘52 y en forma generalizada durante los años ‘60 y ‘70 con hitos como los Cordones Industriales chilenos o la Asamblea Popular boliviana, entre otros.

Ahora bien, ¿por qué se demostró falsa la tesis que sostenía Abelardo Ramos sobre la “revolución peronista” y qué pertinencia tienen los argumentados similares en torno a la “revolución bolivariana”? Estas son algunas de las preguntas que intentaremos responder en los apartados que siguen a través de la comparación entre las dos primeras presidencias de Perón y los 9 años que van del gobierno de Hugo Chávez.

Condiciones excepcionales

Las condiciones políticas internacionales excepcionales, de retroceso de la hegemonía norteamericana en relación al chavismo, en el caso del peronismo estuvieron determinadas por una inestabilidad mucho más profunda dada por la segunda guerra mundial, y la inmediata posguerra en la cual EE.UU. estuvo obligado a destinar sus mayores recursos a impedir el triunfo de la revolución en Europa, para lo cual, dicho sea de paso, contó con el insustituible apoyo de la burocracia stalinista.

Estas condiciones se combinan en ambos casos con elementos también excepcionales desde el punto de vista económico. Dichos elementos están dados por la atenuación de las condiciones históricamente desfavorables de intercambio de las semicolonias en el mercado mundial, que salvando las distancias, afectan tanto a la Argentina como a Venezuela, que son esencialmente economías primario-exportadoras. Esta atenuación se da a partir de la ampliación de las posibilidades de colocación de los productos y de los altos precios a los que se venden en el mercado mundial. Todo esto puesto en suspenso, en la actualidad al calor de la crisis económica internacional.

En el caso de la Argentina de los '40, con el estallido de la segunda guerra mundial las necesidades de materias primas por parte de las metrópolis imperialistas llevan a un aumento generalizado de los precios y a la estabilización de las ventas. Las exportación de carne tipo *chilled* se estabiliza en alrededor de 350.000 toneladas anuales, luego de haber caído bruscamente con la crisis del '30. Esto redunda para 1946 en un saldo positivo de la balanza comercial de 571 millones de dólares como resultado de exportaciones por 1.159 millones e importaciones por 588 millones. Este saldo positivo que venía acumulándose desde años anteriores había permitido al Estado acuñar reservas por 1.733 millones de dólares entre oro y divisas.

En la Venezuela se da una situación parecida en lo económico, motorizada por el alza del petróleo que en los últimos años mantuvo su precio en niveles históricos. Esto produjo, por ejemplo, un saldo comercial positivo en el 2006 de alrededor de 47.000 millones de dólares que casi triplica el obtenido en 2002 de 18.491. Gracias a esto el Estado para 2007 había podido acumular reservas por 26.344 millones de dólares, que si les sumamos los más de 33.000 millones⁸ que se pagaron de deuda externa en los 8 años anteriores, dan la impresionante cantidad de casi 70.000 millones. Suma que el mismísimo Perón miraría con envidia.

Ahora bien, ¿en qué redundó este mayor “margen de maniobra” frente al imperialismo y esta bonanza económica administrada por el “nacionalismo burgués”?

Entre el IAPI y las sociedades mixtas

Si tomamos los “años dorados” del primer peronismo que llegan hasta 1949 vemos que en un marco excepcional de prosperidad el Estado se apropió de una parte de los excedentes generados por la renta diferencial de la tierra. El principal instrumento en este sentido fue el Instituto Argentino para la Promoción del Intercambio (IAPI) que hasta el '49, a través de medidas de control del comercio exterior, se apropiaba del 50% de las divisas generadas por las exportaciones de materias primas (cereales y carne).

Estos excedentes tuvieron fundamentalmente los siguientes destinos hasta finales de los ‘40. En primer lugar, la compra de insumos a Inglaterra (recordemos que Perón acepta la devolución “en especias” de los créditos que el país tenía con Inglaterra en Libras inconvertibles). En segundo lugar, la subvención de la producción de medianas y pequeñas industrias de baja productividad para que pudieran colocar sus productos en Europa. Junto con esto tuvo una política de créditos a grandes, medianas y pequeñas empresas, otorgados a través del entonces recientemente creado Banco Industrial. Estos créditos permitieron en los primeros años el desarrollo de nuevas empresas y el reequipamiento de las industrias existentes. Esta política significó una profundización del proceso de sustitución de importaciones comenzado en la década del ‘30 por la oligarquía terrateniente⁹. Cabe agregar contra los mitos de la “burguesía nacional” que la mitad de la industria sustitutiva era controlada por capitales extranjeros.

Otra parte de estos fondos fue dedicada a planes de obras públicas y compra de empresas en términos altamente desfavorables para el país, con casos emblemáticos como el de los ferrocarriles, donde se entregó una jugosa indemnización a pesar de que en pocos años vencía la concesión y que los capitales ingleses querían deshacerse de ellos.

Sin embargo, subproducto de estas medidas se logró una situación de pleno empleo, que fue acompañada con una política de recomposición real del salario (aumentos salariales y subvención del consumo de los productos básicos), cuestión que retomaremos más adelante. A su vez, una parte importante de las obras públicas fueron dirigidas a la creación de viviendas, hospitales y escuelas. Esto fue acompañado con una creciente “formalización” del trabajo mediante la estipulación legal de derechos como el descanso semanal y feriados obligatorios, estabilidad y protección contra los despidos, protección contra accidentes de trabajo, sistema de jubilaciones y pensiones, etc.

Ahora bien, poco duraron estos “años dorados”. A partir del ‘49 las condiciones excepcionales de bonanza comenzaron a retroceder y junto con ellas el excedente de divisas y la posibilidad de exportar manufacturas a países imposibilitados de producirlas por la coyuntura de la inmediata posguerra. A su vez, el imperialismo comenzó a tener más tiempo para dedicarle a su patio trasero y la presión sobre Argentina aumentó exponencialmente. En este marco poco a poco las medidas adoptadas en los primeros años se ven contrapesadas por procesos inversos.

El IAPI pasó de apropiarse de parte del excedente agricologanadero a financiar las exportaciones del sector primario. El Banco Industrial quedó cada vez más en evidencia

como herramienta para fortalecer la política del gobierno más que para impulsar la industria; sus créditos se dirigieron a los sectores tradicionales (molinos harineros, refinerías de aceite) y a los frigoríficos ingleses. Los planes de obras públicas dieron paso a políticas antiinflacionarios de contracción de la economía. Los últimos años de Perón se caracterizaron por la toma de préstamos externos, el intento de otorgar concesiones petroleras a la Standard Oil norteamericana, y la presión para revertir la redistribución del ingreso de los años anteriores mediante los famosos Congresos Nacionales de la Productividad y el Bienestar Social para ligar los aumentos de salario al aumento de la explotación de los trabajadores.

Como resultado de este período el producto bruto industrial pasó de 11.716 millones de pesos¹⁰ en 1946 a 16.463 millones en 1955¹¹, y el empleo en la industria superó por primera vez en la historia argentina al empleo agrícola¹².

Sin embargo, como señalaba Milcíades Peña frente a los “logros de la revolución” que Abelardo Ramos siempre estaba dispuesto a reconocer con creces, lo que había hecho el peronismo era desarrollar un proceso de “pseudoindustrialización” que no revierte la estructura atrasada del país, sino que “perpetúa constantemente, eleva a nuevos planos y recrea sin cesar el atraso del país” mediante el “injerto de fábricas y talleres”¹³, ya que “la persistencia del problema nacional –planteaba– se vincula estrechamente a la permanencia de las viejas relaciones de propiedad”¹⁴. Dicho esto, Peña aclaraba sobre el peronismo: “Sin embargo, eso no significa que mientras no se libre de la explotación imperialista la Argentina permanezca estacionaria en un atraso siempre igual a si mismo”¹⁵.

Ahora bien, ¿qué podemos decir respecto a la “revolución bolivariana”? Veamos.

A pesar de contar con condiciones iguales o mejores que Perón desde el punto de vista del nivel de precios del petróleo, sobre la política de Chávez en términos de industrialización hay poco que decir hasta el momento. Como señala el mismo Chávez: “Venezuela comenzó a producir petróleo hace un siglo y más y ya en el 1925 Venezuela era el primer exportador mundial de petróleo así que los venezolanos abandonaron, abandonamos los campos, la agricultura se vino abajo y toda la economía productiva se vino abajo, Venezuela se convirtió en algo así como un sultanato petrolero y exportó petróleo y todo lo demás lo importaba o lo hemos importado”¹⁶.

Sin embargo, en sus 9 años de gobierno Chávez, y a pesar del crecimiento económico de los últimos períodos, no ha cambiado esta situación. El componente de los productos primarios en las exportaciones de Venezuela que históricamente se ubica entre el 99% y

el 81% configurando una estructura económica típicamente semicolonial, a fines de 2005 se ubicaba en el 90%, es decir el promedio histórico de 1970 a esta parte¹⁷.

La burguesía supuestamente nacional, “la boliburguesía”, está representada por un puñado de empresarios ligados a los negocios con el Estado y a la estructura económica tradicional de Venezuela como Wilmer Ruperto, que tiene la exclusividad de los contratos de transporte marítimo de *fuel oil* desde Venezuela. Una versión, esta sí “siglo XXI”, de la burguesía “cupera” peronista que se enriquecía negociando los cupos de exportación.

La transferencia de parte de la renta petrolera en concepto de créditos es asimilable a la del Banco Industrial de Perón en su momento de mayor corrupción. Como dice Haiman El Troudi, director de relaciones presidenciales nacionales de la presidencia, en su documento intitulado “El Nuevo Modelo Productivo Socialista”: “Hasta la fecha [léase luego de más de 7 años de gobierno chavista] se ha beneficiado con el uso de incentivos públicos a propios y extraños, sin que haya mediado criterio alguno de selección [léase en forma arbitraria y corrupta]. Empresas visiblemente opuestas no sólo al gobierno, sino al sistema de transformaciones nacionales, han resultado favorecidas directa o indirectamente por exoneraciones arancelarias, créditos blandos, exoneración de impuestos, compra de sus bienes o contratación de sus servicios por parte del Estado, suministro de divisas al tipo de cambio oficial, financiamiento de maquinaria, equipos y materias primas, etcétera”¹⁸. A confesión de parte relevó de pruebas.

Además del rubro corrupción y superganancias, el gasto de la renta petrolera tuvo dos rubros de gran peso, a saber: pago de la deuda externa, y –luego de las “nacionalizaciones-compras”– la retribución en concepto de “justo pago” a precio de mercado a las empresas imperialistas que saquearon y saquean el país.

El primer rubro se lleva la parte del león con los más de 33.000 millones de dólares pagados en los primeros 8 años de gobierno. Constituyéndose en uno de los gobiernos que más ha desembolsado en este sentido. Viendo estas cifras Perón se quejaría con razón desde su tumba por el escándalo que provocó la toma del empréstito del Export-Import Bank norteamericano.

En el rubro de “falsas nacionalizaciones” supo estar a la altura de Perón retribuyendo al capital imperialista según los dictados del mercado. Adquisiciones como la empresa de electricidad EDC y el 28% de las acciones de la telefónica CANTV significaron una transferencia de 739 millones y 572 millones de dólares respectivamente.

Como diría en su momento un analista de Goldman Sachs “es una buena noticia”... Para el capital imperialista, claro está. Siguiendo esta lógica donde la transferencia de cientos de millones dólares es una cuestión secundaria respecto a las nacionalizaciones, y que Abelardo Ramos justificaría citando a Scalabrini Ortiz: “estamos comprando soberanía”¹⁹, entonces Perón bien podría ser el modelo a imitar para “profundizar” este tipo de “nacionalizaciones”. De hecho es lo que parece proponerse Chávez. Recordemos que además de los ferrocarriles Perón nacionalizó los teléfonos, las usinas eléctricas, las empresas de gas, los puertos con sus elevadores, las plantas de servicios sanitarios, los seguros, los silos de campaña.

Sin embargo, una de las políticas más controvertidas de los últimos años del gobierno peronista desde el punto de vista “nacionalista” fueron las fallidas concesiones de explotación petroleras a la multinacional norteamericana Standard Oil. En el proyecto de contrato se concedía más de la quinta parte de la provincia de Santa Cruz para que la empresa construya y use con exclusividad caminos, embarcaderos y aeropuertos mientras dure el contrato. Una verdadera entrega del patrimonio nacional.

En el caso de Chávez, si bien es cierto que hay un mayor control del petróleo por parte del Estado comparado al período anterior, las empresas mixtas constituidas, centralmente en la Franja de Orinoco, no tienen nada que envidiarle a los proyectos de Perón con la Standard Oil. Mediante la fórmula de las “empresas mixtas” –típica para la penetración de las multinacionales petroleras en Estados que tienen la propiedad de los recursos petroleros– Chávez transforma Convenios Operativos para la explotación de petróleo que tenía PDVSA con las multinacionales, que vencían en un plazo cercano a 10 años, en empresas donde éstas pasan a ser socias del Estado obteniendo la propiedad de un 49% del petróleo, las instalaciones de los yacimientos y los campos donde operan en la actualidad. Una verdadera legalización de la expoliación imperialista en momentos donde el barril que cuesta menos de 5 dólares se vende a 100. Para colmo este escandaloso negocio es presentado por Chávez como una medida de soberanía nacional. Una lógica política similar ha implementado el gobierno de Chávez en lo que respecta al campo legalizando los latifundios a cambio de que los terratenientes entreguen un porcentaje de la tierra y así logren la obtención de un título de propiedad por el resto. No hay mejor negocio posible si tenemos en cuenta que en muchos de los casos la posesión producto del saqueo a los campesinos es “ilegal” desde el punto de vista de la mismísima legalidad burguesa.

En síntesis, podemos decir que la abultada renta petrolera producto de esta situación económica excepcional no ha sido utilizada para la diversificación de la economía y la reversión del atraso nacional, ni siquiera en los niveles del primer gobierno peronista. A pesar del importante crecimiento económico de los últimos años se ha mantenido lo esencial de la “Venezuela saudita”. La gran parte de los recursos fueron utilizados para el enriquecimiento de un puñado de burgueses y de “nuevos ricos” vinculados a los negocios con el Estado; para el pago de la deuda externa; y para la “indemnización” de los capitales imperialistas. Como si esto fuera poco una gran porción de esta renta que era canalizada por las multinacionales imperialistas fue entregada en concepto de propiedad por los próximos 20 o 30 años según el caso.

El “nacionalismo burgués” de la decadencia capitalista

Este carácter mezquino del “nacionalismo” de Chávez, que es propio una etapa donde la decadencia del sistema capitalista se hace cada vez más pronunciada, también lo encontramos al comparar las condiciones de existencia de los trabajadores y el pueblo en uno y otro proceso.

Comencemos por el peronismo. Si tenemos en cuenta lo que desarrollamos en el apartado anterior es evidente que el apoyo de masas obtenido por el peronismo no fue producto de cambios estructurales que hayan sacado a la Argentina del atraso. Sin embargo, Perón supo campear la situación de inestabilidad que se generó en la posguerra a nivel internacional, y que llevó entre otros procesos al triunfo de la revolución china de 1949. Esto frente a una clase obrera que había expandido exponencialmente su fuerza durante la década del ‘30 y que venía de protagonizar importantes luchas como las de la construcción en 1936 y las huelgas de los frigoríficos de 1943 y 1945, y que venía avanzando en su organización sindical, aunque sufriendo las traiciones del PC y el PS que se dedicaron a entregar las luchas, y a apoyar al imperialismo “democrático” norteamericano.

Ya desde su puesto en la Secretaría de Trabajo y Previsión, Perón impulsó toda una serie de leyes para la protección de los trabajadores frente a la arbitrariedad patronal (estabilidad y protección de los despidos, ampliación de la ley de accidentes de trabajo, seguro de vida colectivo, descanso semanal y feriados obligatorios, etc.) así como toda una serie de beneficios sociales (sistema de jubilaciones y pensiones, vivienda, ley de alquileres, de propiedad horizontal, de arrendamientos rurales) y reivindicaciones salariales (salario vital y móvil, salario familiar, sueldo anual complementario,

vacaciones pagas, etc.) revirtiendo el carácter precario de las condiciones de los trabajadores hasta aquel momento.

Este proceso tuvo como resultado que durante los primeros 3 años de gobierno peronista los salarios reales se incrementaran un 40% y que la participación de los asalariados en el ingreso total llegara en 1950 a máximo histórico registrado del 47%, con su consecuencia en el aumento del consumo de los trabajadores.

Sin embargo, al término de la bonanza económica vinieron los intentos de Perón de revertir esta situación mediante el congelamiento de salarios y las exigencias de aumento de la productividad. Esto no fue fortuito sino que la base misma de estas concesiones era totalmente endeble.

El peronismo había mantenido esta política a partir del redireccionamiento de los ingresos obtenidos de la renta diferencial de la tierra en la coyuntura internacional excepcional. Una parte de estos ingresos distribuidos en forma de créditos, exenciones impositivas, subsidios directos, etc., eran utilizados por los capitalistas para financiar su aceptación a regañadientes de la política laboral del gobierno. Especialmente entre los sectores de la pequeña y mediana industria mitificados como “burguesía nacional” que por sus bajas condiciones de productividad sólo pueden sobrevivir a costa del aumento extraordinario de la explotación de los trabajadores. Cuando las divisas comenzaron a mermar a principios de los ‘50, los burgueses dijeron “basta” y Perón demostró a quién representaba convocando al Congreso Nacional de la Productividad y el Bienestar Social.

¿Qué podemos decir de la “revolución bolivariana” sobre este punto? La política de redistribución de ingresos más importante que tuvo el chavismo fueron las “misiones”. Esencialmente dirigidas a palear las necesidades básicas en salud y educación, éstas representan una forma de redistribución indirecta de una parte del ingreso total de la economía. Situación que ya de por sí la hace precaria. Además, representan una porción ínfima en relación a los rubros de “gastos” señalados en el apartado anterior, por lo que no son, ni pueden ser suficientes desde ningún punto de vista para sacar a millones de venezolanos de la pobreza, a pesar de lo que digan los ideólogos que las ensalzan desde sus escritorios.

Esto se refleja en los índices socioeconómicos que a pesar de las paulatinas mejoras muestran la subsistencia de condiciones sumamente desfavorables para los trabajadores y el pueblo. El 44,6% de los trabajadores ocupados se encuentran precarizados²⁰. Si a estos se le suman los desocupados²¹, casi el 50% de la población económicamente

activa tiene problemas de empleo. Este panorama se hace aún más grave si tenemos en cuenta que de los trabajadores ocupados, cerca de la mitad no llega a cobrar el salario mínimo²².

A su vez, el salario mínimo apenas llega a cubrir el valor mensual de la Canasta Alimentaria Normativa (es decir, el requerimiento nutricional mínimo de un hogar promedio). Ni que hablar de la Canasta Básica. A esto se agregan los altos niveles de inflación.

Por otro lado, cabe destacar que la gran mayoría de los trabajadores de empresas que cobran un salario menor al mínimo se concentran en las pequeñas empresas²³, largamente aduladas por los apologistas de las “burguesías nacionales”. Estas serían uno de los pilares de una economía nacional moderna según el ideólogo del “socialismo del siglo XXI” y verdadero “teórico del disparate” actual, Heinz Dieterich, que destaca en referencia a las PYMES que “es la organización económica más significativa para el empleo de la población económicamente activa: en América Latina, alrededor del 75% del empleo proviene de ellas”²⁴. Le faltó agregar: “y las más explotadoras”.

Otro de estos pilares serían las cooperativas, integrantes de la “nueva economía social”. Las mismas se han multiplicado exponencialmente durante el gobierno de Chávez, aunque retrocediendo luego de 2003. Muchas veces la gran burguesía y las multinacionales las utilizan para terciarizar trabajos como forma de disminuir los costos en salario, cargas sociales, etc.

Todo esto hace que, a pesar de las mejoras parciales, no tengan solución efectiva los problemas estructurales. La pobreza, a pesar de haber disminuido, todavía afecta a gran parte de la población (el 30,4%, de los cuales el 9,1% se encuentran en la pobreza extrema, es decir no logran acceder a la canasta alimentaria²⁵). Esto tomando sólo las cifras oficiales, que entre otras cosas contabilizan como parte del ingreso las prestaciones indirectas otorgadas por el Estado.

Llegado este punto podemos concluir que si el peronismo financió los ingresos de los trabajadores sin disminuir en términos absolutos la ganancias burguesas, cuestión que se demostró inviable posteriormente, el chavismo ni siquiera fue capaz de hacer este tipo de concesiones, manteniendo gran parte de la desigualdad social que arrastra la sociedad venezolana producto de la ofensiva imperialista de las décadas anteriores.

Además, es evidente que si la estructura legal consolidada bajo el peronismo que permitía la redistribución del ingreso a favor de los trabajadores se demostró endeble frente al retroceso de las condiciones económicas excepcionales, la estructura

asistencial de las “misiones” no representa la más mínima garantía frente a futuros cambios en la coyuntura actual de bonanza petrolera, menos que menos frente a un golpe como el de la “fusiladora” del ‘55.

“Unidos o dominados”

En “La hora de los Pueblos”, escrito en 1968, Perón decía que: “La integración de la América Latina es indispensable: el año 2000 nos encontrará unidos o dominados, pero esa integración ha de ser obra de nuestros países, sin intervenciones extrañas de ninguna clase, para crear, gracias a un mercado ampliado, sin fronteras, las condiciones más favorables para la utilización del progreso técnico y la expansión económica, para evitar divisiones que puedan ser explotadas; para mejorar el nivel de vida de nuestros 200 millones de habitantes; para dar a Latinoamérica, frente al dinamismo de los “grandes” y el despertar de los continentes, el puesto que debe corresponderle en los asuntos mundiales y para crear las bases para los futuros Estados Unidos de Latinoamérica”²⁶.

A casi 40 años de escritas estas palabras podemos decir que dos cosas. Por un lado, que unidad latinoamericana hoy más que nunca es una necesidad histórica. Desde aquel entonces la creciente internacionalización del capital bajo el comando imperialista acentuó el entrelazamiento de las economías latinoamericanas al mercado mundial y también regionalmente entre ellas, haciendo cada vez más evidente el carácter estrecho de estas economías nacionales para la expansión de las fuerzas productivas. Y por otro lado, que a pesar de las supuestas intenciones de Perón, el año 2000 no sólo nos encontró dominados sino que él mismo hizo su importante contribución organizando desde el estado las bandas fascistas de la triple A para derrotar el proceso revolucionario abierto a partir del Cordobazo.

A pesar de esto, a la hora de hablar de la unidad latinoamericana Chávez nos cita al difunto General diciendo que: “estamos al filo del dilema que planteó el general Juan Perón, sobre que el siglo XXI nos encontrará unidos o dominados”²⁷, y agregó “Sólo unidos podremos derrotar las grandes amenazas que tenemos y podremos crear un nuevo modelo. Sólo unidos podremos hacerlo. Se trata de retomar el sueño de San Martín, Bolívar y Perón. Estamos llegando divididos y dominados pero estamos en camino de la integración libertadora”²⁸. Esta referencia histórica inoportuna se combina con los resultados de sus 9 años de gestión donde no se encararon los grandes problemas históricos de la Venezuela semicolonial.

Sin embargo, nos encontramos con que la mayoría de los que hablan de “revolución bolivariana” depositan sus esperanzas de integración continental en el proyecto del ALBA (Alternativa Bolivariana para América Latina y el Caribe).

El resultado es una nueva recaída en los planteos de Don Abelardo Ramos que había sostenido que solo “la adopción de un ‘marxismo bolivariano’ compendiará mejor la naturaleza peculiar del proceso revolucionario en América latina”²⁹. Esta “naturaleza peculiar” consistía en aquel entonces en que “la burguesía argentina [tenía] el singular privilegio de iniciar los primeros pasos de la unificación nacional, es decir, de liquidar el yugo imperialista mediante la fusión económica y política de los 20 estados actuales en una gran nación”³⁰. Si esto era un verdadero disparate en su momento, con 60 años más de sumisión burguesa al imperialismo, hoy es más disparatado que nunca.

Es evidente que la unidad latinoamericana no vendrá de la mano de Lula que tiene el récord de ser el presidente que más tiempo se reunió con su par norteamericano, socio en el negocio del etanol con EE.UU. y que negocia un asiento en el Consejo de Seguridad. Ni de la de Kirchner que otorgó al imperialismo norteamericano los argumentos legales para atacar Irán con la acusación por los atentados a la AMIA y a la embajada de Israel. Tampoco de Tabaré Vázquez, el paladín de las papeleras finlandesas. Y que no se hará sobre la base de misiones de intervención militar pronorteamericanas como la MINUSTAH en Haití protagonizada por Brasil, Argentina y Uruguay.

Ahora bien, si Chávez intenta ubicarse como polo burgués alternativo a este panorama, esto sólo significó en los últimos 9 años, a excepción del acercamiento a Cuba y la reciente echada del embajador norteamericano, buenos negocios para la gran burguesía que usa como plataforma la región. Los negocios con Techint, con los Grobo, Petrobrás, en otro orden el rescate de Sancor, la compra de bonos de deuda argentinos, etc. A su vez, las propuestas de otros buenos negocios como el gasoducto regional o el Banco del Sur, puestos siempre en suspenso como muestra de los recelos de las burguesías locales a cualquier proyecto que comprometa a largo plazo la rapiña mutua.

Es claro que contrasta con las esperanzas de que Chávez inicie una “poderosa integración continental antiimperialista”. Lamentablemente para quienes esperan subirse a algún ómnibus burgués que los lleve a la integración continental, al igual que pasa con la revolución agraria y la ruptura con el imperialismo, el ómnibus burgués de la unidad latinoamericana nunca arrancó ni arrancará.

Esta es la historia misma de las burguesías latinoamericanas, lo fue en el siglo XX y lo es en el siglo XXI. Débiles en relación a sus respectivas clases obreras nacionales y ligadas desde sus orígenes al imperialismo, usualmente se apoyan en este último para atacar a los trabajadores, y otras veces, como fue el caso de las primeras presidencias de Perón, se apoyan en la movilización controlada de las masas para regatear con el imperialismo y hasta pueden llegar a hacer concesiones. En su relación con el imperialismo, parafraseando a Perón, podríamos decir que la divisa de las burguesías semicoloniales es “dominados o regateando”.

En este sentido conserva toda su actualidad aquel manifiesto de la IVº Internacional de 1940 que decía: “Sud y Centroamérica sólo podrán romper con el atraso y la esclavitud uniendo a todos sus Estados en una poderosa federación. Pero no será la retrasada burguesía sudamericana, esa sucursal del imperialismo extranjero, la llamada a resolver esta tarea, y sino el [en aquel entonces] joven proletariado sudamericano, que dirigirá a las masas oprimidas. La consigna que presidirá la lucha contra la violencia y las intrigas del imperialismo mundial y contra la sangrienta explotación de las camarillas compradoras nativas será, por lo tanto: Por los Estados Unidos Soviéticos de Sud y Centro América”³¹.

¹ La presente ponencia está basado en la parte 1 del artículo del mismo nombre publicado en: revista *Lucha de Clases* nº 7 de junio 2007.

² Régimen surgido del “Pacto de Punto Fijo” entre COPEI y AD contra el cual se levantaron las masas venezolanas en el Caracazo de 1989.

³ En aquel entonces Peña venía de romper con la corriente dirigida por Nahuel Moreno y se había dedicado a desarrollar un análisis de la estructura socio-económica y de la historia argentina cuyas bases había sentado en los años previos junto con el propio Moreno. A pesar de que en este artículo no nos proponemos analizar pormenorizadamente las tesis de Peña, es importante señalar que desde nuestro punto de vista, la apropiación de estas elaboraciones es necesariamente crítica en lo que respecta a varios aspectos de su visión del peronismo, cuestión que nos proponemos analizar en profundidad en otros materiales.

⁴ Milcíades Peña, *Industria, burguesía nacional y liberación nacional*, Bs. As., Ediciones Fichas, 1974, p. 20.

⁵ Idem.

⁶ Citado en Milcíades Peña, op. cit., p. 19.

⁷ Citado en *Cuadernos del CEIP “León Trotsky”* Nº 3, julio de 2002.

⁸ Según datos analizados por M. A. Hernández al cierre de 2005 (ver: www.revolucionysocialismo.org/deuda/28.html). Actualización propia aproximada a abril de 2007 teniendo en cuenta el pago con reservas del Banco Central de principios de este año de 8.700 millones de dólares al Banco Mundial.

⁹ Esta política estuvo determinada por la situación de aislamiento del país creada por la crisis mundial de 1930 y las dificultades para realizar la renta diferencial de la tierra. Mediante la sustitución de ciertos insumos básicos para el consumo interno que previamente se importaban la oligarquía se proponía a su vez ahorrar divisas para poder encarar con éxito el cumplimiento de los compromisos financieros que tenía con los capitales ingleses.

¹⁰ Precios constantes a valores de 1993.

¹¹ O. J. Ferreres (director), *Dos siglos de economía argentina*, Bs. As., El Ateneo, 2005, p. 188.

¹² Iñigo Carrera, J., *La formación económica de la sociedad argentina. Volumen I. Renta agraria, ganancia industrial y deuda externa. 1882-2004.*, Bs. As., Imago Mundi, 2007, p. 209.

¹³ Milcíades Peña, op. cit., pp. 34/35.

¹⁴ Milcíades Peña, *Estrategia de la emancipación nacional*, septiembre de 1957, p. 52, citado en: *Cuadernos del CEIP “León Trotsky”* Nº 3, op. cit., p. 46. A pesar de que en este artículo no nos proponemos abordar en profundidad una crítica a la visión de Peña respecto de la industrialización en las semicolonias, es importante aclarar una cuestión sobre este punto. Peña plantea correctamente la necesidad de subvertir las relaciones de propiedad imperantes para lograr una industrialización armónica en una semicolonía (con preeminencia de las industrias básicas). Sin embargo, creemos que este elemento tiende a tomar valores absolutos en su reflexión, en detrimento de la necesidad de revoluciones triunfantes en países imperialistas que permitan socializar lo más avanzado de la técnica a la que allá llegado la sociedad.

¹⁵ Peña, M., *Industria, burguesía nacional y liberación nacional*, op. cit., p. 35.

¹⁶ Discurso de Hugo Chávez en Ferrocarril Oeste el 9 de marzo de este año.

¹⁷ Según datos de la CEPAL.

¹⁸ En www.loquesomos.com/elpalabro/leer/descargas.htm.

¹⁹ Ver J. A Ramos, op. cit., p. 311.

²⁰ Datos para abril de 2007 del Instituto Nacional de Estadísticas de Venezuela.

²¹ 8,8% es el porcentaje de desocupados para abril de 2007, en la juventud este asciende a 15,4%. Datos del Instituto Nacional de Estadísticas.

²² Según el Informe Anual de Provea sobre la Situación de los Derechos Humanos en Venezuela (octubre 2005/septiembre 2006), de los datos del Instituto Nacional de Estadísticas para el 2005 se desprende que el 43% de los trabajadores perciben ingresos inferiores al Salario Mínimo (base 465.750 bolívares), a lo que hay que sumarle que el 58% se encuentra sub-ocupado, trabajando menos de 40hs. semanales. Si tomamos en cuenta la variación el Índice de Remuneraciones a los Asalariados elaborado por el Banco Central de Venezuela y del Salario Mínimo esta situación no ha tenido cambios sustanciales hasta el primer trimestre de 2007. No se dispone de datos posteriores al reciente aumento.

²³ Para 2005 el 77,79% de los trabajadores de empresas que cobraban menos que el mínimo se encontraban en establecimientos de menos de 5 trabajadores. Ver: Informe Anual de Provea sobre la Situación de los Derechos Humanos en Venezuela (octubre 2005/septiembre 2006), en base a datos del Instituto Nacional de Estadísticas.

²⁴ Heinz Dieterich, *El Socialismo del siglo XXI*, disponible en www.revelion.org, p. 71.

²⁵ Datos al cierre del segundo semestre de 2006 del Instituto Nacional de Estadísticas.

²⁶ Juan D. Perón, “La hora de los Pueblos”, ediciones varias.

²⁷ “Kirchner recibió a Chávez en la Rosada”, en *Clarín*, 01/02/05.

²⁸ “Kirchner se puso duro con el FMI en el tramo crucial de la negociación”, en *Clarín*, 20/08/03.

²⁹ Jorge A. Ramos, “Bolivarismo y marxismo”, en www.marxists.org.

³⁰ Octubre Nº 5, noviembre de 1947, citado en *Cuadernos del CEIP “León Trotsky”* Nº 3, op.cit. p. 30.

³¹ “Manifiesto de la Cuarta Intenacional Sobre la Guerra Imperialista y la Revolución Proletaria mundial”, extractado en “El futuro de América Latina” en *Escritos Latinoamericanos*, Bs. As., CEIP, 2000.